

GÉNERO, RAZA Y RACISMO: LA PROHIBICIÓN DEL VELO ISLÁMICO (*HIJAB*) EN FRANCIA¹

Christine Delphy

*Directora de Investigación Emérita del
Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)
Co-fundadora de la revista Nouvelles Questions Feministes*

Introducción

En Octubre de 2003, surgió una polémica en Francia que sigue aún vigente con respecto al pañuelo islámico o velo —en árabe, *hijab*—, una prenda para la cabeza que cubre el cabello y la nuca de las mujeres, aunque no oculta el rostro. Dos chicas estudiantes de instituto fueron formalmente expulsadas de la escuela por utilizar este “velo”. En diversos periódicos y revistas hubo destacados artículos en favor y en contra de su expulsión.

Ya en 1989, y nuevamente en 1994, el “velo” islámico fue el centro de una controversia nacional (Gaspard y Khosrokhavar, 1995). En 1994, el Gobierno francés dejó a criterio de las autoridades escolares decidir si aceptar o rechazar el uso del velo. Incluso cuando las autoridades decidieron la expulsión, su decisión fue revocada por la Corte Constitucional sobre la base de que, en la medida que el uso del *hijab* no constituía proselitismo, el derecho de las jóvenes a la educación debía prevalecer. Pero en este último caso, el gobierno constituyó un comité (la Comisión Stasi), que trabajó durante el otoño y el invierno de 2003 para estudiar la viabilidad acerca de la posibilidad de una legislación que dejara fuera de la ley el uso de todo signo religioso visible en las escuelas y en la administración pública.

Yo creo que este tercer asunto del “velo islámico” es ejemplar en el sentido que es el resultado de un largo proceso de resistencia a los efectos de la colonización y la discriminación de los no-europeos por parte de los europeos, y que demuestra que la resistencia asume formas variadas, algunas de las cuales profundizan el abismo entre las dos poblaciones y son utilizadas por los dominantes para justificar su tratamiento sobre los dominados. El género es de suma importancia en los dos extremos de la historia: en los comienzos de la colonización y en el hecho de la prohibición del pañuelo, en el cual sólo se está castigando a las mujeres... en nombre de los derechos de las mismas.

.....
1 Traducido por Alejandro Piombo. Revisado por Glòria Casas Vila.

Mi argumentación es que las mujeres francesas jóvenes usan el *hijab* por todo tipo de razones, pero también como signo de resistencia al racismo francés, y que la sociedad francesa, confrontada con esa rebelión indirecta, en vez de abatir sus causas —el racismo—, ha decidido reprimir ese signo. Esta “reacción” es una respuesta inadecuada, dado que representa la continuidad del mismo tratamiento colonial al que las poblaciones tomadas como blanco rehúsan someterse más, y uno puede advertir que, en lugar de reducir las tensiones, la prohibición del *hijab* y la estigmatización del Islam que la acompaña, por lo contrario, las exacerbarán.

El racismo y la discriminación: el fracaso de la integración.

Francia, al igual que Gran Bretaña, fue un importante poder colonial hasta la década de 1960. Poseía todo el norte de África (el Magreb) Argelia, Marruecos y Túnez. Argelia fue conquistada en 1830, y fue un “departamento” francés desde la década de 1870 hasta 1962, cuando se independizó después de una larga y sangrienta guerra. Sin embargo, albergó dos categorías de ciudadanos: franceses y otros europeos, en su mayoría españoles, que habían emigrado allí, a quienes se les habían otorgado tierras nativas, y que fueron llamados “franceses de origen”, disfrutando de una plena ciudadanía. Los nativos eran llamados “franceses musulmanes”, y su voto contaba una quinta parte del voto de un francés “regular”. Antes de la Segunda Guerra Mundial, los argelinos nativos comenzaron a migrar a Francia en busca de trabajo. Siendo ya 500.000 en la década de 1950, su número se incrementó anualmente hasta mediados de la década de 1970. En el momento en que se detuvo la inmigración, debido a la recesión económica provocada por la crisis petrolera, dos de los tres millones de inmigrantes provenientes de Argelia, Túnez y Marruecos se habían establecido en Francia. Los inmigrantes del norte de África no fueron a Francia con la intención de permanecer allí, pero el regreso a menudo resultaba imposible. Bajo la ley francesa, los niños nacidos en Francia, incluso de padres extranjeros, son ciudadanos franceses a menos que adopten la nacionalidad de sus padres, a la edad de 18 años. De este modo, la mayoría de los niños nacidos en Francia de padres inmigrantes magrebinos ostentan la ciudadanía francesa. Muchos de ellos son hoy en día adultos y tienen sus propios hijos.

Francia cuenta con una larga historia de inmigración. A lo largo de todo el siglo XX, llegaron inmigrantes de muchos países europeos, al igual que de las anteriores colonias francesas. Todos ellos fueron explotados y discrimi-



nados; sin embargo, sus hijos se asimilaron en gran medida. Los nombres italianos, polacos, españoles y portugueses son comunes en Francia, y eso no constituye una desventaja para quienes los llevan. No obstante, esto no es válido para los hijos de los inmigrantes del norte de África -y de África en general. Aún cuando ellos poseen la nacionalidad francesa, no se les percibe como franceses y son el blanco de un racismo casi universal, más que otros grupos de origen no europeo. Por ejemplo, son a menudo llamados "inmigrantes de segunda generación", una expresión utilizada por los medios de comunicación para designar a los/las hijos/as que descienden de norteafricanos. Si bien esta expresión lógicamente no tiene sentido, pues la condición de inmigrante no se puede heredar de manera tan fuerte, demuestra que, a diferencia de otros inmigrantes, esta gente y sus propios hijos son considerados como extraños.

Pocos estudios muestran que los adultos y los jóvenes de ascendencia norteafricana sufren una fuerte discriminación (Tribalat, 1995).² Su rendimiento escolar es más bajo que el de los niños de ascendencia francesa. Los chicos permanecen más tiempo en la escuela, y a pesar de ello obtienen menos diplomas de graduación. Las chicas, que se pensó durante un buen tiempo que eran las "ganadoras", no logran los mismos resultados que las hijas de padres franceses, y en general no obtienen tan buenos resultados como sus hermanos. Pero es especialmente en el mercado laboral donde las diferencias entre chicos de ascendencia norteafricana y la "población general" son más marcadas. Siendo las otras variables iguales (el grupo de control para los diplomas), las posibilidades de desempleo para los jóvenes norteafricanos son cuatro veces más elevadas que para el conjunto de jóvenes (un 10% de desempleo en la franja de edad de los 18 a los 25 años de promedio, y un 40% para los hombres de padres magrebíes). Una mujer francesa joven tiene dos posibilidades entre diez de estar desempleada, pero tiene más del doble de esa posibilidad si es de ascendencia norteafricana (20% de desempleo en la franja de edad de los 18 a los 25 años, y 35% para las mujeres de origen magrebí). Un informe reciente sobre discriminación racial demostró que esta exclusión es sistemática, y que proviene de la manera de funcionar formal e informal de la sociedad en general.

.....
 2 Como señala la autora, esto es debido a las fuertes resistencias en Francia a tomar en cuenta la variable "religión, color de piel u origen étnico" en ningún registro de población. Está prohibido por ley mencionar o preguntar estas características en los documentos públicos, aunque la práctica social sí tome en cuenta estas características [Nota de Traducción, en adelante N de T].

Luchando contra el rechazo: las demandas de igualdad y el anti-racismo.

Los jóvenes franceses nacidos de padres norteafricanos reaccionaban, y aún lo hacen, contra el racismo y la discriminación de dos maneras diferentes. Adoptando una distancia temporal, estas dos maneras se pueden ver como dos momentos. En primer lugar, ellos intentaron “integrarse”, ser tan similares como fuera posible al resto de personas francesas. Luego, enfrenándose con la discriminación, organizaron en 1982 una protesta política, la “Marcha por la Igualdad”, cuyo nombre fue rápidamente deformado en la memoria colectiva como la “Marcha de los *Beurs*” (*Beurs* es la palabra que en la jerga francesa se utiliza para designar a los “árabes”, y a su vez “árabe” es el nombre que se le da en Francia a la gente de origen magrebí). Un segmento de los manifestantes fue rápidamente captado por los socialistas, y sus energías canalizadas en el proyecto “SOS-Racismo”, que abogaba por la tolerancia cultural y el respeto por las “diferencias”, mientras mantenía un silencio total con respecto a la desigualdad social que era la propia causa de la marcha. Esta estructura intentó desviar el descontento de los jóvenes. Tal manipulación política tuvo éxito hasta el punto que se las arregló para mantener el *status quo* durante veinte años y para aislar a los manifestantes más politizados. Y, por supuesto, la campaña culturalmente orientada del Partido Socialista también fracasó. Tal como los jóvenes “árabes” a menudo dicen: “Me siento como cualquiera, pero ELLOS siempre mencionan mi diferencia”. Los franceses no aceptaron, ni aceptarán, a los árabes como otro grupo francés, tal como pasa con los bretones o los alsacianos. Los jóvenes árabes han decidido ahora reclamar esa diferencia, y eso puede significar o incluir cosas diferentes. Por ejemplo, pueden adoptar un modo de vida delictivo —como vendedores de drogas—, lo cual muchos ven como la única alternativa en vez de vivir bajo la asistencia del Estado. Ellos se ven como los únicos hombres verdaderos, en tanto los demás son vistos como “burgueses”, blandos y estúpidos.

En general, la estrategia antirracista consiste en revertir todos los estereotipos negativos y transformarlos en rasgos positivos, de los cuales carece el grupo dominante, los franceses. Luchar contra el racismo tiene distintas formas de acuerdo con los individuos, y también en relación con el género. Los jóvenes que no tienen diplomas escolares son los que más probablemente adopten actividades delictivas, odian a los “franceses”, a quienes también llaman “blancos”, “galos” o “burgueses”, y digan que no tienen nada en común con ellos, poniendo por delante otras identidades. En contraste,



los jóvenes que han sido alentados por sus familias para tener éxito en sus estudios, se muestran deseosos de que el sacrificio de sus padres por educarlos no sea en vano. Sin embargo, con el objetivo de tener éxito —incluso aunque sólo sea de forma “moderada”, eso es, para obtener un empleo—, ellos tienen que controlar lo que tienen en común con los delincuentes: su odio al racismo.

El género en la situación actual “de castas”

a) El doble peligro para las mujeres.

Si todos los niños descendientes de norteafricanos son puestos en dobles apuros por parte del racismo, las mujeres, y en particular las jóvenes, se encuentran en una situación peor. Ellas tienen que vivir una situación casi de esquizofrenia: son más fácilmente aceptadas que sus hermanos, son “lindas” en tanto sus hermanos son peligrosos; pero para conseguir la aprobación de la gente francesa, tienen que apartarse de su origen y de su familia por completo, borrar de ellas el último rastro de “arabismo”, pues este aspecto siempre estará del lado del débil a los ojos de los franceses.

Esta proposición francesa no es explícita: sólo se puede llegar a deducir. Es probable que, conscientemente, la sociedad francesa quisiera, y aún quiera, que estas mujeres sean las emisarias de la civilización en sus propias familias; aunque en la práctica, la carga que esto supone para estas mujeres actúe como un precepto para escaparse. Sin embargo, ¿cómo pueden ellas cortar todos los lazos con sus orígenes y apartarse por completo de sus vecindarios y de sus familias? Este mensaje subliminal de la sociedad francesa a las “bonitas muchachas árabes” es el mismo que el mensaje más explícito que la sociedad colonial dio a sus abuelas hace cuarenta años: “¡Dejen a sus hombres, vengan con nosotros!”. Pero incluso si ellas quisieran hacerlo, no pueden materialmente apartarse, dado que no se les ofrecen las oportunidades económicas para hacerlo. De este modo, las mujeres jóvenes tienen que “parecer” francesas y liberadas para ser aceptadas por los franceses, a la vez que ser modestas y sumisas en sus familias. Ellas fluctúan constantemente entre dos patrones de comportamiento, de acuerdo con el entorno, a un tremendo costo psicológico. Puede parecer que los/las hijos/as de los norteafricanos han heredado de la cultura de sus padres una definición de género que distingue a las mujeres entre “prostitutas” y “mujeres respetables”; sin embargo, esta definición, aunque levemente modificada, es también occidental, y no se puede construir como exclusi-

vamente “magrebi”, “árabe” o “musulmana”. Uno de los elementos que apoya esta hipótesis es el hecho de que la mayoría de los hombres que cursan estudios superiores y cuentan con buenas perspectivas laborales, más bien tienden a adoptar los nuevos valores franceses de compatibilidad y de intimidad con sus futuras esposas. Ellos no están obsesionados por controlar la sexualidad de sus hermanas; por el contrario, están a menudo confabulados con ellas para relajar las estrictas reglas que el padre pone a los hermanos para vigilarlas. Algunas personas son críticas con el doble patrón que prevalece. Si ellos advierten a sus hermanas acerca del sexo casual, no es para salvar el honor de la familia, sino para salvaguardar el sentido de valor de sus hermanas como personas.

En relación a la actitud de las jóvenes con respecto a la virginidad, algunas se adhieren a ella, otras la rechazan y escogen lo que ellas consideran el modo “francés”, y otras incluso adoptan un tercer punto de vista: no se adhieren a la virginidad como norma social, sino desde su posición ventajosa, que combina la cultura enseñada por sus padres con una visión negativa de la cultura francesa. Ellas son capaces de ver la superficialidad y el peligro para una mujer de lo que se denomina en Occidente “la liberación sexual”, y que incorpora, de hecho, una visión del sexo muy tradicional en la que las mujeres lo usarían como moneda de cambio. La sospecha que ellas tienen respecto a la cultura francesa de que ésta es racista, también les permite ver este aspecto más claramente, y defender un ideal de sexualidad como algo que una mujer debería hacer y disfrutar para sí misma, no en respuesta a las exigencias de un hombre usando el sexo como moneda de cambio. Irónicamente, ésta es la clase de sexualidad que promete a las mujeres la cultura occidental, aunque no la proporcione. Las mujeres árabes, quizás debido a la necesaria distancia que mantienen con esa cultura, parecen tener ojos más penetrantes que muchas mujeres “francesas-francesas”.

b) El género y la apropiación específica.

El feminismo y las feministas no llegaron a las mujeres “del gueto” más de lo que lo hicieron a las mujeres de la clase trabajadora en general: el desafío común contra lo que se percibe del feminismo como una preocupación burguesa existió y, hasta cierto punto, todavía existe. Sin embargo, algunas mujeres jóvenes que han sido víctimas de violaciones colectivas en los “barrios” periféricos³ —los guetos— rompieron el silencio hace dos años,

.....
 3 En francés se usan los términos “quartiers” (barrios, vecindarios) o “banlieues” (periferias) que la autora designa como guetos dada la fuerte segregación social y racial entre el centro y la



escribiendo libros acerca de la práctica de violaciones colectivas en edificios con sótanos (Bellil, 2002; Amara, 2003).

Estas publicaciones recibieron una acogida favorable en los medios de comunicación de masas. Más tarde, varias de estas mujeres conformaron un grupo, que en 2002 organizó una marcha a través de toda Francia. Este grupo se denomina “Ni putas ni sumisas” (“*Ni putes ni soumises*”). Esta vez, los medios de comunicación les brindaron una favorable adhesión, lo que condujo a apoyo, cobertura en los medios y ayuda económica por parte del gobierno. Este tratamiento es poco común. Desafortunadamente, no se debe a buenas razones. Cuando estas historias terribles se presentaron, lo único que faltaba era el reconocimiento de que la violación colectiva y la violación en general son endémicas en Francia, al igual que en cualquier sociedad patriarcal, y que no fueron introducidas por los inmigrantes magrebíes. Estas historias se presentaron de un modo que hizo que los lectores y los televidentes creyeran que la violación ocurre solamente en los guetos (Hamel, 2003b). Estos informes acerca de las violaciones colectivas fueron bien recibidos sólo hasta el punto en que se utilizaron, no para mostrar la existencia de violaciones y violencia contra las mujeres en general en Francia sino, por el contrario, como si sólo hubieran sucedido en los “vecindarios” o los “suburbios” (eufemismos para designar a los guetos), sirviendo de este modo nuevamente al objetivo de pretender que tales cosas no existen en la sociedad en general, y conformando una visión de los jóvenes árabes como bárbaros y -dado que la violación no existe en Francia- no franceses. En contraste, cuando se publicó el primer informe nacional sobre la violencia contra las mujeres en Francia,⁴ en 2003, escrito por diez autoridades del mundo de las ciencias sociales, e incluyendo hallazgos que demostraban que alrededor de 50.000 mujeres son violadas en Francia cada año (Jaspard *et al.*, 2003), dicho informe fue menoscabado por los medios de comunicación. Más aún, fue difamado por conocidos intelectuales, que se quejaron de que las mujeres habían sido innecesariamente presentadas como víctimas, e insinuando que los autores del estudio querían acabar con “el arte francés de la seducción” (Equipo ENVEFF, 2003; Romito, 2003; Rosende, Perrin, Roux, 2003). La razón de este doble patrón es que las maneras en que los hombres árabes y musulmanes tratan a sus mujeres han constituido siempre, a los ojos franceses, la línea divisoria en-

periferia en la mayoría de ciudades francesas [N de T].

4 La autora se refiere a l'*Enquête Nationale sur les Violences faites aux Femmes en France* (ENVEFF), realizada en el año 2000 con una muestra de cerca 7.000 mujeres de 20 a 59 años, entrevistadas telefónicamente [N de T].

tre “ellos” y “nosotros”, los salvajes y los civilizados. Cualquier confirmación de esto es alentada y alabada. Esto no sólo confirma la visión negativa sobre la cultura árabe y musulmana, sino que es un modo de instalar una cuña en esa comunidad entre los hombres y las mujeres

De esta manera, una de las consecuencias paradójicas del racismo es que éste refuerza los propios aspectos que usa para estigmatizar a un grupo, en este caso el sexismo, en el grupo estigmatizado. La importancia que para algunos jóvenes que descienden del norte de África tienen la modestia y la virginidad en las mujeres es una reconstrucción de la tradición bajo condiciones de exclusión moral y material. Si ellos se aferran desesperadamente a estas actitudes “sexistas” y pasadas de moda, es en gran medida precisamente porque éste es el modo en que son vistos por el grupo dominante: dado que ellos mismos son juzgados como anticuados y sexistas, también podrían, en una afirmación provocativa, valorar (o incluso fingir hacerlo) estos estereotipos de los cuales no se pueden escapar de forma alguna. ¿Pero cuál es la ganancia para el común de la sociedad en mantener estos estereotipos y castigar a estos jóvenes? Hay, de hecho, beneficios obvios que se derivan para la sociedad francesa al resaltar el sexismo de los magrebíes: por una parte, esto absuelve al grupo dominante de su propio sexismo; y por otra parte, les da a los franceses-franceses una “honorable” razón para su plan de capturar a las mujeres del grupo.

De la igualdad a la política de identidad: el doble vínculo y el nuevo islam.

a) Los significados del velo.

Para la mayoría de la población francesa, mediante el uso del velo, las mujeres francesas que descienden de familias magrebíes está optando por algo absurdo, escogiendo la opresión cuando podrían optar por la libertad. Pero no sólo como si fuera incomprensible: peor, es como si les dieran una bofetada en la cara. Usando el velo, estas mujeres se burlan de la sociedad francesa. Tal como lo ven los franceses-franceses, ellas desprecian la oportunidad que les ofrece el país de acogida para librarse de las ataduras de la cultura atrasada de sus padres, para convertirse en “mujeres liberadas”, en “mujeres francesas”.

Lo anterior es incomprensible para los franceses-franceses, incluyendo a la mayoría de las feministas. Una buena parte de la gente, a pesar de las evidencias, insiste en que ellas deben estar presionadas por sus padres y hermanos.



Cuando las mujeres que usan velo dicen que están obedeciendo a Dios, no a los hombres, nadie les cree. Cuando dicen que ellas usan el pañuelo por su propia voluntad, la gente menea su cabeza en sentido negativo. Inmediatamente, se esgrime la hipótesis de una acción encubierta por parte de grupos extremistas islámicos: si las mujeres no han sido manipuladas aún, ya lo serán. El hecho de que muchas mujeres que usan velo en Francia, al igual que en otros países, pretendan conducir una lucha feminista no fuera sino dentro del Islam no se toma con seriedad, dado que el punto de vista que prevalece es que el Islam no se puede reinterpretar de un modo que permita la libertad para las mujeres. La única elección aprobada para las mujeres descendientes de norteafricanos es, por lo tanto, la misma: para liberarse, deben romper los lazos con su grupo, y renunciar a su identidad musulmana.

Esto explica por qué el grupo de mujeres que se autodenominan "*Ni Putes ni Soumises (NPNS)*" ha experimentado tal benevolencia por parte de la clase política francesa y del público. Ellas son una rama de "SOS-Racismo", que es en sí mismo una creación del Partido Socialista, y últimamente han sido "cortejadas" también por los conservadores en el poder.⁵ Sin embargo, han tenido que pagar un precio: si el último otoño rehusaban tomar una posición acerca del velo, en enero estaban pagando las consecuencias. Desde entonces, han decidido alinearse progresivamente con los franceses-franceses, con un esperado discurso acerca de la particular violencia sexual de los hombres árabes. Denunciar a estos últimos les ha permitido ganar la aprobación de los políticos, pero ha hecho que su mensaje sea imposible de ser escuchado en los guetos. Ellas se han separado de su propia comunidad, de acuerdo con el inmemorial deseo francés, pero al hacer esto, han conseguido que sus acciones no sean efectivas.

En contraste, las mujeres que usan velo dicen en efecto, y solamente mediante el uso del velo, que no se excluirán de su comunidad. Por supuesto, hay tantas razones para que una muchacha joven o una mujer use el *hijab* como individuos hay (Kaïda y Bouzar, 2003). Entre estas razones, figura predominantemente la necesidad de dar a sus vidas una dimensión espiritual, la que encuentran en el Islam; pero para algunas pocas, esto es también un modo de escapar del control de sus padres y sus hermanos, poder ir solas a ciertos lugares donde el *hijab*, como signo de religiosidad, las protege de su propia gente (Khedimellah, 2004). Entonces, ellas asumen esta posición

.....
 5 Por ejemplo, la presidenta de NPNS Fadela Amara fue Secretaria de Estado de la Política de la ciudad en el Ministerio de la Vivienda de junio 2007 a enero 2009, del actual gobierno de Nicolas Sarkozy [N de T].

en sus comunidades, precisamente porque primero han querido decir a los franceses que ellas pertenecen a dicha comunidad, que abogan por su cultura, su religión, su grupo y sus hombres. Todo esto se logra con el simple truco de usar esta “exótica indumentaria” que dice: “Nosotras no somos occidentales y no lo queremos ser”. A primera vista y sin mediar palabra ellas rechazan la superioridad de las “apariencias” occidentales y declaran que no les facilitarán a los franceses su callada y más inconsciente fantasía -ver a las mujeres pasarse a su bando. Por lo tanto, no es sorprendente que los franceses estén fuera de sí y en un estado que roza la histeria.

Un grado más en la espiral de la segregación: la prohibición del velo.

Se puede deducir a partir de la intención de prohibir el velo que los franceses pensaban que los descendientes de la población norteafricana simplemente tomarían el lugar de sus padres, como “trabajadores inmigrantes” explotados y menoscabados, y que nunca se convertirían en ciudadanos. Ellos han sido tratados como “extraños”, sin importar el hecho de que hayan nacido en Francia. Cuando esta población demandó su derecho de nacimiento, esto provocó la consternación de la sociedad francesa, que veía cada demanda de su parte como una prueba del “fracaso por asimilarse” y un “rechazo de los valores republicanos”. A todas las demandas de igualdad y dignidad, la sociedad francesa ha respondido como si éstas fueran injustificadas, una amenaza y una prueba de la falta de importancia de los demandantes. Esto ha llevado a una separación de los/las hijos/as de norteafricanos, y a demandas que son incluso más beligerantes para los franceses, y de las cuales el caso del “pañuelo islámico” constituye tanto un signo como un símbolo.

Esta población ha cambiado su línea de conducta y está demandando ahora que el Islam sea considerado como una de las religiones que se practican abiertamente en Francia. Cuando solicitaron un tratamiento igualitario como ciudadanos seculares, se les negó. Ahora lo piden como musulmanes, y la brecha se profundiza. La gente que demanda derechos en su calidad de musulmanes presenta a los franceses una paradoja y una provocación: es precisamente esto -su religión- lo que se ha usado tradicionalmente como una “prueba” de que ellos no pueden ser parte de la comunidad francesa.

El 3 de Marzo de 2004, el Parlamento francés ratificó una ley sobre la prohibición del uso de símbolos religiosos ostentosos en las escuelas públicas, siguiendo las recomendaciones del Comité del Gobierno (la Comisión



Stasi). Esta ley resultó la culminación de cinco meses de intensos debates públicos, durante los cuales la argumentación de un amplio rango de activistas, miembros de sindicatos, líderes políticos, formadores de opinión e “intelectuales” casi monopolizó el discurso en los medios de comunicación. Esta controversia generó divisiones en nuevas líneas de confrontación, en un sentido amplio -es decir, incluyendo a grupos y asociaciones- hasta el punto de que muchos no fueron capaces de llegar a una posición común sobre este problema. Si bien esta división no se reflejó en el voto, que en los principales grupos parlamentarios (los conservadores en el poder y los socialistas) fue casi unánime, creó un escollo entre los más pequeños grupos de izquierda: los Verdes, los de extrema izquierda, y las feministas.

a) Las excepciones al secularismo francés.

Oficialmente, la ley apuntaba a afianzar la tradición francesa de “laicidad” -secularismo. Cabe resaltar que el secularismo del cual están tan orgullosos los franceses y el que piensan haber inventado, ha conocido muchas excepciones desde sus comienzos en 1905. En tres departamentos franceses del continente, llamados Alsacia-Mosela, el “Concordato” entre la Iglesia Católica y Napoleón I aún se aplica, los sacerdotes, los pastores y los rabinos son pagados por el Estado; más aún, una costumbre “local” hace que la enseñanza religiosa del Catolicismo, el Protestantismo y el Judaísmo sea obligatoria en las escuelas estatales. El derecho secular no se aplica para los departamentos de ultramar de Guyana y la Reunión (para los cuales la nueva ley tampoco será aplicada). Estas excepciones al secularismo, que implican a cientos de miles de personas, se dejaron fuera del debate por medio de un consenso bipartidista y popular, lo cual prueba, si es que hay necesidad, que el secularismo no era la preocupación real de los polemistas. Pero además, en Francia, los usos y costumbres y la cultura están íntimamente ligados a los ritos católicos. Por lo tanto, los funerales oficiales de importantes figuras públicas, tales como ministros del Gobierno y jefes de Estado, se llevan a cabo en iglesias católicas y asisten representantes del Estado, sólo por dar un muy claro ejemplo de la brecha que se encuentra en el nivel más elevado y público de la regla de separación entre la Iglesia y el Estado. El 15 de Agosto de 2005, el Papa, al visitar el famoso sitio de peregrinación de Lourdes, fue recibido por el propio presidente en persona. De este modo, el secularismo francés no es tan simple como parece a primera vista. Es casi una religión nacional, y la simpatía por esto está impregnada de patriotismo, pues ellos se cobijan siempre en los términos de especificidad e identidad francesas, a la vez que este secularismo está en sí mismo

imbuido del catolicismo (Benbassa, 2004).

Otra excepción está constituida por el gran número de escuelas “privadas”, el 95% de las cuales son católicas, y están fuertemente subvencionadas por el Estado, en la medida en que tienen un acuerdo sobre el currículum y los profesores con diplomas estatales. Estas escuelas enseñan al 40% de los alumnos en edad escolar, con edades que van desde los 6 a los 18 años, a los cuales no se les aplicará la ley.

b) El debate acerca de la prohibición: los derechos de las mujeres y la conspiración del mundo musulmán.

La nueva interpretación del secularismo, la cual amplía su significado, en tanto que tolera las inmensas excepciones antes mencionadas, demanda una “neutralidad” política y religiosa; esto es, abstenerse de “ostentar la propia religión” por parte de los alumnos, al igual que por los profesores, a través de todas -bueno, casi todas- las escuelas de la República.

Sin embargo, el argumento usado constantemente durante la campaña se volvió en contra de los derechos de las mujeres. El velo islámico, todos estuvieron de acuerdo, es un símbolo de inferioridad de las mujeres y por lo tanto socava el principio de igualdad sexual. Los que propusieron la ley argumentaron que el pañuelo para la cabeza no podía, por lo tanto, tolerarse; en cambio, los oponentes señalaron que las mujeres que lo usan pueden perseguir otros fines, que se toleran muchos otros símbolos de inferioridad de las mujeres, incluso se alientan (tal como las prendas íntimas femeninas en la publicidad y en la vida real, el uso de lápiz labial, los tacones altos y otros complementos sexuales) y señalan que la apariencia de la mujer está diseñada para atraer sexualmente a los hombres, y que no es un signo de liberación; además, consideran que, en todo caso, el expulsar a chicas de la escuela es un tratamiento demasiado severo, dado que podría poner en peligro sus posibilidades de acceder a la educación, y que el derecho constitucional a la misma debería anteponerse a cualquier otra consideración.

Estos argumentos no parecieron portar ningún peso, ni tampoco hicieron mella en la repulsión francesa ante el velo islámico, un sentimiento expresado por el antiguo presidente Jacques Chirac, quien durante una visita a Túnez declaró que el velo era “una agresión contra el pueblo francés”. Incluso detrás de esta repulsión, y según lo expresado por los promotores de la prohibición, existe un inconsciente punto de vista colonial sobre la población “árabe”. Para justificar la prohibición del velo, los defensores de la



prohibición recurrieron, en cambio, a la popular y difundida teoría hoy en boga: la del “complot del mundo islámico” –el “Choque de Civilizaciones”. En esta teoría, el uso del pañuelo por parte de las jóvenes es un tipo de intento por parte de los fundamentalistas musulmanes, quienes están de esta manera buscando “probar los límites de la tolerancia republicana”⁶. Aceptar el velo islámico, continúa el razonamiento, alentaría a los musulmanes a minar posteriormente la República francesa demandando que el Código Civil Francés sea reemplazado por la *Sharia*. Que nadie en la comunidad musulmana haya dicho remotamente algo que se aproxime a esto fue tildeado de irrelevante –pues uno no espera que los conspiradores revelen sus planes.

En la medida en que prosiguió el debate, el rango de acusaciones y temores airados se volvió cada vez más paranoico, mostrando a los “árabes”, fueran o no musulmanes, que los franceses no están conformes simplemente con discriminarlos, sino que a ellos también los consideran sospechosos. La sospecha de que los fundamentalistas musulmanes operan libremente dentro de las filas de la gente de origen norteafricano y dictan su comportamiento y su agenda política, los convierte en una voluntaria o involuntaria quinta columna que actúa en nombre de una toma islámica del mando del país. Por lo tanto, a los arcaicos estereotipos negativos acerca de los árabes, se han añadido nuevos temores geopolíticos, que hacen que los franceses-franceses comunes los miren no sólo como inferiores y despreciables, sino también como peligrosos. Comparados con la amenaza que ellos representan, las injusticias que sufre esta población, aunque se mencionen, son minimizadas.

Los integrantes de la Comisión Stasi dijeron sentirse desilusionados de que las medidas sociales contra la discriminación racial, que ellos habían recomendado de forma conjunta con la prohibición del *hijab*, se habían omitido. Sin embargo, tales quejas parecen un poco hipócritas ya que resulta muy probable que la problematización sobre el velo fuera, de hecho, planeada para ensombrecer los perjuicios causados a los descendientes de la población magrebí. La necesidad de reparar esos errores se verá en el futuro como mucho menos urgente cuando esta población se encuentre al mismo tiempo como sospechosa de un complot global.

.....
 6 Alain Gresh, “Les faux-semblants de la commission Stasi”, *Politix*, 5 a 11 de Febrero de 2004. La lectura del informe revela que el comité da por sentadas dos hipótesis no demostradas: en primer lugar, que el secularismo francés está amenazado por “el surgimiento del islamismo”; en segundo lugar, que esta amenaza proviene de grupos “fundamentalistas” organizados, que nunca se identifican.

La mayoría de los grupos feministas siguieron esta línea de argumentación, aceptando que de repente los políticos se habían vuelto feministas, y habían tomado sinceramente en serio los derechos de las mujeres. Las feministas entraron en el debate dentro de los parámetros diseñados por el Gobierno, y la prohibición del velo se situó para ellas por encima de otras demandas que, incluso cuando habían sido reclamadas durante años, no habían captado la atención de la clase política –demandas de acción contra la violencia de género, de aplicación de una ley que permitiera el aborto, iguales salarios, etc. El debate pudo haber representado la ocasión para que las feministas denunciaran la farsa del Estado e insistieran en que esas demandas sustanciales se respondieran primero. En cambio, la mayoría de las feministas insistieron en que la suspensión de un símbolo era más importante que los cambios reales en la situación de las mujeres. Desde el punto de vista del Estado, la ley es un éxito; se mataron tres pájaros de un tiro: el pañuelo para la cabeza efectivamente restó presión a las negociaciones acerca de la represión racial y disminuyó la urgencia de acabar con la desigualdad de género; dado que las feministas estuvieron de acuerdo en cambiar sus demandas sustanciales por una satisfacción simbólica. Esto también desvió la atención pública sobre las acciones del Gobierno para desmantelar al Estado del bienestar.

Con este debate, la brecha dentro del movimiento feminista ganó una fuerza que podría ser fácilmente más duradera que otros desacuerdos internos. Las feministas, al igual que otros activistas franceses progresistas, son gente de raza blanca de clase media. El “asunto” del velo demostró que su anti-racismo sólo es superficial. Cuando se enfrenaron a un problema práctico, exhibieron los mismos prejuicios que el resto de su clase, prejuicios que nunca han intentado superar y que nadie ha cuestionado, dado que no hay gente que no sea “no blanca” en sus filas. Este hecho refleja la organización racista del país: nunca se encuentran gente que no sea “blanca” en la sociedad, lo que constituye la base para que se logren reagrupamientos políticos; y, de manera contraria a la izquierda británica, que hizo un esfuerzo por ponerse en contacto con grupos musulmanes al comienzo de la Guerra de Afganistán, la izquierda francesa abraza profundas sospechas de cara a estos grupos. Por ejemplo, para ellos no son bien vistos los árabes que apoyan el movimiento de defensa del pueblo palestino, para mantener a este movimiento blanco y dócil, fuera del peligro de “molestar” a los sionistas que se encuentran en sus filas.

La brecha entre los franceses-franceses y los hijos de los inmigrantes se ha ampliado considerablemente. La reacción colonial y racista de los fran-



ceses ha abierto las puertas al racismo cotidiano: la profanación de los cementerios musulmanes, insultos a las mujeres que usan velo, ataques físicos contra la gente que es vista como magrebí por parte de jóvenes que sólo alegan que “odian a los árabes”, etc. En resumen, hay una escalada de la campaña de odio contra las cosas y las personas musulmanas. La campaña, que comenzó con la ley, va al alza en lugar de retroceder, después de haber obtenido una victoria en el frente de la prohibición del *hijab*. Actualmente, es común encontrar que personalidades digan, y que los periódicos abran sus páginas a estas declaraciones, que “odian al Islam”, y que insistan en que tienen el derecho de hacerlo, además de expresarlo públicamente.⁷ Aunque no hay necesidad de decirlo, los periódicos no publicarían tales “opiniones” acerca de cualquier otra religión, y si así lo hicieran habría un gran rechazo, por no mencionar las docenas de demandas presentadas por incitación al odio racial o religioso. Por todo lo anterior, se ha vuelto ahora políticamente correcto en Francia denunciar no el fundamentalismo, ni las actividades de ciertos musulmanes, sino el propio Islam, como aquello básicamente representativo del mal. El hecho más interesante es que, cada vez con más frecuencia, estos ataques asumen un ángulo de género. La religión islámica, ya vista como la teoría del terror político, es ahora acusada de haber inventado el temor de las mujeres, del cual el resto del mundo estaría libre si no fuera por la existencia del Islam. Por lo tanto, no es sorprendente que la amargura de la población de origen norteafricano esté aumentando en la misma proporción. Muchos están intimidados, tal como lo intentó el partido dominante, pero muchos otros están enfurecidos.

El feminismo francés en la encrucijada.

El velo, como símbolo religioso, debería ser aceptado como cualquier otro símbolo de ese tipo. La nueva actitud políticamente correcta en Francia, que consiste en pretender que la religión “pertenece a la esfera privada”, es simplemente insostenible. La religión es, por definición, pública. El argumento según el cual es correcto perseguir al Islam, debido a que todas las religiones son opresivas por naturaleza, no contiene un fundamento correcto, no en la medida en que la Constitución Francesa, al igual que la Declaración de los Derechos Humanos de 1791, garantiza la libertad de opinión, que implica que el ateísmo no puede ser obligatorio; esta argumentación tampoco es creíble, dado que la vida pública francesa abraza en gran medida la tradición católica del país. El ámbito feminista y liberal no sólo reconoció levemente el aspecto de la rebelión sobre el uso del velo,

.....
 7 Patrick Declerck, « Je hais l'islam, entre autres », *Le Monde*, 12 de agosto de 2004.

sino que insistió en descartarla como una respuesta “mal orientada”: “no es la solución”. Este juicio implica tres aspectos: a) una subestimación del racismo ejercido por la sociedad francesa; b) una falta de realismo, como si esta “reacción mal orientada” se pudiese borrar, como si se pudiese regresar en el tiempo a un momento previo de la historia, cuando no se usaba la polémica indumentaria y c) un punto de vista condescendiente con las mujeres árabes, consideradas incapaces de responder “adecuadamente” a su situación. Esta clase de pensamiento, que rechaza tomar seriamente a otras mujeres, y permitirles encontrar sus propias respuestas, tal como lo han hecho las feministas “blancas”, es el principal obstáculo para la construcción de un movimiento feminista en cualquier país dado, y también a nivel internacional.

Lo que resulta sorprendente no es que esta ley se haya aprobado, sino que lo haya sido con el apoyo de las feministas. ¿Se darán cuenta ellas de que la posición que asumieron en este asunto está reñida con sus creencias acerca de la emancipación del pueblo por parte del pueblo? ¿Aceptarán que no todas las mujeres toman el mismo camino hacia la emancipación? ¿Comprenderán, al igual que los liberales, que la resistencia a la opresión y la dominación sólo puede ser global, y que para que así lo sea, tiene que tomar en cuenta, bajo una posición igualitaria, las contribuciones de todos? ¿O continuarán recitando la vieja cantinela de que los derechos humanos son propiedad privada del mundo occidental y que sólo los occidentales conocen mejor que nadie lo que es bueno para ellos, y que tienen el derecho de imponerlo -continuando de este modo con lo que Sophie Bessis denomina “la cultura de la supremacía” (Bessis, 2001)- y envenenando los movimientos progresistas occidentales como enemigos del Sur – ¿todo por el Sur pero sin el Sur?



BIBLIOGRAFÍA

- AMARA, F. (2003): *Ni putes Ni soumises*, Paris, La Découverte.
- BATAILLE, Ph. (1997): *Le Racisme au travail*, Paris, La Découverte.
- BEAUD, S. et PIALOUX, M. (2003) : *Violences urbaines, violences sociales*, Paris, Fayard.
- BENBASSA, E. (2004): *La République face à ses minorités*, Paris, Mille et Une Nuits.
- BELLIL, S. (2002): *Dans l'enfer des tournantes*, Paris, Denoël, coll. Impact.
- BESSIS, S. (2001): *L'Occident et les autres*, Paris, La découverte.
- CLANCY-SMITH, J. (1996): "La femme arabe", en SONBOL A. el A., *Women, The Family, and Divorce Laws in Islamic History*, coll. *Contemporary Issues in The Middle East*, Syracuse University Press, pp. 52-63.
- DELPHY, Ch. (2004) : "Une Affaire française", in NORDMAN Ch., *Le Foulard islamique en questions*, Paris, Editions Amsterdam, coll. Democritique.
- EQUIPE ENVEFF (2003): «Violences vécues, fantasmes et simulacres», *Nouvelles Questions féministes*, Vol.22, n°3.
- FANON, F. (1959): " L'Algérie se dévoile ", en *L'an V de la Révolution algérienne*, recueil de textes réédité en 2001 aux Editions La Découverte et Syros, coll. [Re]découverte, pp. 16-50.
- GADANT, M. (1995): *Le nationalisme algérien et les femmes*, Paris, L'Harmattan, coll. Histoire et perspectives méditerranéennes.
- GASPARD, F. et KHOSROKHAVAR, F. (1995): *Le foulard et la République*, Paris, La Découverte.
- HAMEL, Ch. (2003a): *L'intrication des rapports sociaux de sexe, de "race", d'âge et de classe: ses effets sur la gestion des risques d'infection par le VIH chez les Français descendant de migrants du Maghreb*, Paris, Thèse, EHESS.

HAMEL, Ch. (2003 b): « Faire tourner les meufs ». Les viols collectifs : discours des médias et des agresseurs », *Gradhiva*, n°33, pp. 85-92.

JASPARD, M. et al., dir. (2003): *Les violences envers les femmes en France. Une enquête nationale*, Paris, La Documentation française, coll. Droits des femmes.

KADA, S. et BOUZAR, D. (2003): *L'une voilée, l'autre pas*. Paris, Albin Michel.

KHEDIMELLAH, M. (2004): « Corps et inconscient collectif voilés », *Cosmopolitiques*, 6, Editions de l'Aube.

KHOSROKHAVAR, F. (1997): *L'islam des jeunes*, Flammarion, coll. Essais.

ROMITO, P. (2003): « Les attaques contre les enquêtes sur les violences envers les femmes », *Nouvelles Questions féministes*, Vol.22, n°3.

ROSENDE, M. ; PERRIN, C. ; ROUX, P. (2003): « Sursaut antiféministe dans les salons parisiens », *Nouvelles Questions féministes*, Vol.22, n°3.

SIMON, P. (1997): " La statistique des origines: l'ethnicité et la "race" dans les recensements aux Etats-Unis, Canada et Grande-Bretagne ", *Sociétés Contemporaines*, n° 26, pp. 11-44.

SIMON, P. (1998): " Nationalité et origine dans la statistique française. Les catégories ambiguës ", *Population*, n° 3, pp. 541-568.

TRIBALAT, M. (1995): *Faire France. Une enquête sur les immigrés et leurs enfants*, Paris, La Découverte, coll. Essais.

TRUPIER, M. (1999): " De l'enjeu des statistiques "ethniques" ", *Hommes et Migrations*, n° 1219, pp. 27-31.

WIEVIORKA, M. et al., dir. (1992): *La France raciste*, Paris, Seuil.

